

Primera versión recibida: noviembre 22 de 2007
 Versión final aceptada: febrero 2 de 2008

Lina Ximena Aguirre-Prada*

Sujetos Prêt-à-Porter. Construcción de la identidad de género en *Al diablo la maldita primavera*, de Alonso Sánchez Baute

Fellows Prêt-à-Porter. Construction of the Gender identity in *Al diablo la maldita primavera*, by Alonso Sánchez Baute

Resumen

Al diablo la maldita primavera (2003) nos pone en contacto cercano con el mundo gay bogotano a través de la historia de vida Edwin Rodríguez Buelvas. Narrada desde la perspectiva del protagonista, la novela se adentra en la experiencia individual y grupal de este hombre joven homosexual, informándonos sus costumbres, preferencias y códigos sociales, así como sus emociones, sus valores individuales y los giros de su subjetividad en una vida desarrollada al margen de la norma heterosexual. Este trabajo analiza la construcción de la identidad de género de Edwin y las maneras en que éste se desvía de la matriz reglamentaria de género acotada por Judith Butler, a través de la exploración de preferencias, actitudes y comportamientos ampliamente tratados en la novela.

* Economista de la Universidad del Rosario; magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana (2007); estudiante de doctorado en Literatura y Cultura Latinoamericana, Ohio State University. Correo electrónico: aguirre.22@osu.edu

Palabras clave autor: Identidad, identidad sexual, género, literatura homosexual.

Palabras clave descriptores: Identidad sexual, sexualidad.

Abstract

Al diablo la maldita primavera (2003) approaches us to the Bogotan gay world through Edwin Martínez Buelvas life history. Narrated from the protagonist's perspective, the novel goes into the individual and group experience of this young homosexual man, informing us about his costumes, preferences and social codes, as well as his emotions, individual values and the turns of his subjectivity in a life developed at the margin of the heterosexual norm. This paper analyzes Edwin's gender identity construction and the different ways in which he subverts the normative gender matrix delimited by Judith Butler, through the exploration of preferences, attitudes and behaviors presented in the novel.

Key words author: Identity, sexual identity, gender, gay literature.

Key words plus: Gender identity, Sexuality.

Introducción

Es la primera vez que se publica en Colombia, y con tanto éxito (ya va por la séptima edición) una novela de temática gay, referida a la realidad bogotana. Puede lucir como documento histórico o revista sensacionalista, porque habla de lugares específicos, de nombres propios y otros detalles, que confirman la existencia y articulación de esta realidad en la sociedad bogotana. En ese sentido, la publicación de la novela fue como un "salir del closet" para la ciudad, una declaración en voz alta, de que existe una Bogotá gay que quiere ser nombrada, conocida y reconocida.

Sin embargo, ciertos grupos de homosexuales han manifestado malestar ante la publicación de la novela, pues consideran que no es una representación fiel de su forma de vida, lo cual, desde su punto de vista singular, le quita todo valor político para la causa gay y por el contrario los estigmatiza y ridiculiza. Pero si nos apartamos de la idea de la representación precisa o de la reivindicación directa, podemos entender que esta novela constituye un acto político importante a favor de la inclusión, la conciencia y la aceptación de la diversidad sexual en el entorno urbano colombiano.

Sánchez Baute presenta una comunidad gay con rasgos específicos: ubicación geográfica, gustos, lugares de encuentro, patrones de consumo, mapa de valores, etc., lo cual permite ubicar a la comunidad dentro de la ciudad, no con el fin de crear estigmas o de propiciar señalamientos, sino para explicitar su presencia dentro de la realidad bogotana. El autor muestra también cómo estas personas, a pesar de sus desventajas

sociales, son capaces de insertarse en la sociedad. En este trabajo intentaré mostrar, a través de la exploración de los rasgos específicos del protagonista y de su grupo, cómo surge y se desarrolla la identidad sexual individual y cómo la consolidación de una comunidad habilita la generación de mecanismos de resistencia y vinculación, que facilitan a sus miembros la vida en la marginalidad.

La novela

Al diablo la maldita primavera es una novela que explora el mundo gay bogotano a través de la historia de Edwin Rodríguez Buelvas. Él es un costeño que migra a Bogotá cansado del provincialismo con que en su ciudad se asume la homosexualidad, entre otras razones. Allí, logra superar los temores y sentimientos de rechazo que lo acompañaron desde su infancia e integrarse a una comunidad donde logra vivir con absoluta plenitud su opción vital y sexual. Esta nueva vida le permite a Edwin desarrollar su identidad sexual sin preocuparse por la aceptación, y a partir de la seguridad que le da el pertenecer, vivirla con total honestidad, por escandaloso o inaceptable que esto pueda parecerle a la sociedad *straight*.

A lo largo de la novela se recorren todos los espacios físicos en los que se mueve la gente gay, los cuales no son, en su mayoría, exclusivos para homosexuales, pero figuran dentro de una “carta de navegación” que les permite moverse y encontrarse con los suyos dentro de la ciudad: ciertos barrios, salas de cine, supermercados, parques, gimnasios y otros lugares que se comparten con la sociedad *straight*, así como discotecas, saunas y *alter party* (exclusivos para la comunidad gay), los cuales constituyen iconos de su presencia dentro de la ciudad. También se recorren espacios relativos a su subjetividad y al desarrollo de su identidad sexual, a partir de la cual se construye toda la experiencia vital: el Internet y la virtualidad, la *rainbow flag* y el orgullo gay, el mundo de las *drag queens*, la ‘rumba dura’ y la moda.

La novela es una mirada a una comunidad gay específica: bogotana, masculina, que habita el sector de Chapinero. No es una antropología general sobre la homosexualidad, sino una particular sobre este grupo. Está fundada sobre elementos como la moda, el triunfo individual, la apariencia a cualquier precio, pero como comunidad la identifican la lealtad, la honestidad respecto de la sexualidad y su identidad como grupo marginado, lo cual crea una barrera que permite a sus miembros ejercer su libertad sexual, así rete permanentemente las conductas tradicionales. Por eso Edwin piensa que Bogotá es un “paraíso florido” donde los gays viven a cuerpo de rey. Un paraíso, tal vez en relación con Barranquilla u otras ciudades donde la homosexualidad es rechazada y reprimida con gran fuerza, y sin embargo, un espacio al margen de la sociedad, al enfrentarlo con los espacios y derechos de que goza la sociedad *straight*.

La novela muestra cómo se viven el amor, el sexo, la rumba, en una homosexualidad abierta y vivida en comunidad; los problemas y conflictos que puede traer el no querer esconderse tras una vida heterosexual. Al mismo tiempo, se critica a aquellos

gays que no son capaces de asumir su orientación sexual por temor al rechazo. En el grupo de Edwin todo es válido, excepto negar la homosexualidad y dar la espalda a sus similares cuando se trata de enfrentar a la sociedad *straight*.

Los integrantes de este grupo son lo que se dice unas “locas bravas”; hacen lo que sea por aparecer como las más bellas, las más “clasudas”, las más asediadas; ser el centro de atracción. El ambiente desordenado, superficial y algo sórdido donde se articulan estos valores dificulta la consolidación de un proyecto de vida, económico, social y, sobre todo, emocional. Esto los convierte en personajes solitarios y tristes, a pesar de contar con la aceptación de su grupo. Edwin, por ejemplo, a pesar de haber ganado un papel protagónico en su grupo, gracias a su fama de *drag queen*, a pesar de moverse entre Bogotá y Nueva York (icono de la libertad gay) y de vivir intensamente el sexo y la rumba, ve frustrado su sueño de tener un matrimonio feliz; no precisamente por barreras legales, sino por la dificultad que su estilo de vida le impone al momento de mantener una relación que vaya más allá de lo sexual. ¿La ternura? Tal vez, el único rasgo “hetero” digno de envidia.

Entre tanta rumba, droga y competencia, Edwin conoce a su “príncipe azul” y decide cambiar completamente su estilo de vida. Al sentirse más cerca de su sueño, se inclina por una existencia más tranquila, centrada en su relación sentimental, y a partir de allí logra recuperar sus otras relaciones afectivas e incluso arriesgarse a montar un proyecto productivo el cual le ofrece un horizonte económico más estable, digno de la buena sociedad. Pero como víctima de un sino, su relación se termina y la ‘maldita primavera’ pasa de nuevo; el abandono regresa y él continúa “con el mismo ‘boroló’ de mi vida de siempre, con la bulla entusiasta de la que tanto disfruto verme rodeada...” (225), que a pesar de la soledad y las dificultades es la que ha decidido vivir.

El sujeto. Normatividad de género y construcción de identidad

El género se ha concebido como una de las principales dimensiones clasificatorias de la identidad. No se termina de *ser*, hasta definir si se es mujer u hombre, y dependiendo del entorno específico estas categorías tienen significados y alcances distintos. Existe cierta normatividad que separa lo femenino de lo masculino, un *deber ser* de género donde cada persona debe encajar y desde donde debe construir su identidad. Y aunque estos modelos cambien con el tiempo, incluyendo, excluyendo o alterando rasgos, no dejan de constituir una regla en la medida en que exigen, en palabras de Butler, “coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo” (51). Está definida una relación causal entre estos cuatro elementos, que al romperse de alguna forma (género no es consecuencia del sexo, práctica sexual no es consecuencia del género, etc.), genera la exclusión y, sin embargo, no impide la construcción de una identidad sexual, en tanto el sujeto es capaz de ubicarse por fuera de la regla y construirse a partir de las rupturas.

Y la norma, históricamente, ha sido bastante clara: sexo igual a género; prácticas y deseos heterosexuales. ¿Dónde quedan entonces personajes como Edwin Rodríguez Buelvas, cuya postura respecto de estos elementos es absolutamente clara pero se separa de la regla? Según Foucault, cuando surgen ciertos tipos de identidades sexuales que no se ajustan a las normas de inteligibilidad cultural, éstas aparecen sólo como fallas en el desarrollo o imposibilidades lógicas; sin embargo, su persistencia y proliferación proporcionan oportunidades muy importantes para revelar los límites de ese campo de inteligibilidad y, por consiguiente, para hacer posibles otras matrices distintas y subversivas (50).

La historia de Edwin Rodríguez Buelvas nos pone en presencia de uno de esos desórdenes de que habla Foucault. Su perfil se insertaría dentro de una matriz de género distinta y muy particular, que incluso puede ser diferente a aquellas en que se mueven sus amigos, con quienes lo identifica su homosexualidad, pero no necesariamente otros rasgos que conforman su identidad. También hay que reconocer que vivir por fuera de la norma tiene ciertas implicaciones, tales como la dificultad de aceptarse siendo diferente, la culpa y la necesidad de crear mecanismos para vivir con cierta libertad desde el margen. Detengámonos entonces en la vida de Edwin, para comenzar a entender cómo funciona todo esto en la novela:

Edwin nace en Barranquilla, una ciudad que como otras de la costa se caracteriza por el absoluto dominio masculino; de allí la amplia asimetría entre los modelos masculinos y femeninos y una normatividad de género rígida, sobre todo en cuanto a la coherencia sexo-prácticas sexuales. El objetivo de la regla es evitar riesgos a los esquemas de dominación, y en esa medida el comportamiento social es lo que importa, de modo que las prácticas incorrectas son condenadas, mientras el deseo, que es algo más íntimo, queda un poco al margen de la matriz. El ser barranquillero le impone a Edwin unas normas claras en cuanto a su sexualidad, unos parámetros incontrovertibles para la definición de su identidad sexual, los cuales él decide rechazar, en un proceso temprano de auto-identificación, cuando, en su infancia, descubre su homosexualidad y la acepta como parte de lo que él es como individuo. Su identidad no es algo cómodo, ni fácil de vivir, pero él lo percibe de forma similar a lo propuesto por Jeffery Weeks: “la identidad es algo que está ahí, de verdad, pero hay que asumirla; es la verdad absoluta sobre nosotros mismos, pero hay que encontrarla” (299), y se le hace imposible eludirla, aunque signifique una vida de obstáculos y marginación:

... Y es que esto fue algo que aprendí desde mi niñez, cuando estudiaba en la primaria pública de Barranquilla y todo el pueblo andaba diciendo que era marica: que a la vida hay que enfrentarla de frente, así suene a pleonasma, y que siempre hay gente tratando de impedir que lleguemos donde queremos...” (124-125).

Edwin sabe que la vida no le será fácil, y aunque el relato se da en un momento en que éste ha superado numerosos momentos de crisis, de duda y de soledad, que han funcionado como escalones hacia el afianzamiento de su identidad, el dolor y desconcierto que provienen de lo inevitable de su condición homosexual, nunca desaparecen:

A quien primero perdemos, por supuesto, es a nosotros mismos: es el inicio de ese gran dolor que enfrentamos en nuestras vidas, el desconcierto de saber quién somos, así: en plural, o que no somos lo que los demás desean; el sentimiento de ese “monstruo” grande que va creciendo en nuestro interior y que no podemos doblegar, sin saber siquiera de dónde surge, cómo nace, por qué... (61).

La identidad homosexual de Edwin es clara y estable, pero la dirección de su deseo no es la única variable de su identidad sexual. A partir de los cuatro elementos propuestos por Butler: sexo, género, prácticas sexuales y deseo, veamos cómo Edwin completa su identidad por fuera de la norma:

- **Sexo.** Este elemento está muy claro en el caso de Edwin, lo cual no necesariamente ocurre con otros homosexuales, quienes optan por intervenir sus cuerpos para cambiar su sexo natural. Él está conforme con su cuerpo masculino, le gusta tener características físicas de hombre, es más, siente cierto desprecio por rasgos corporales femeninos y se burla de la posibilidad de cambiar su fisonomía. Sin embargo, se acerca a la estética femenina en sus actuaciones como *drag queen*, pero con fines netamente teatrales.
- **Género.** Respecto de las categorías mujer-hombre, Edwin es consciente del *deber ser* hombre, y definitivamente no se identifica con ese perfil; su deseo es ser mujer, ocupar el rol de género femenino, pero sabe que no es una de ellas: “Y es que creo que por eso los gay nos parecemos tanto a las mujeres, porque nos gusta el llanto y el drama y el novelón...” (55).

En lo sexual puede utilizar la parodia del rol masculino para atraer alguna conquista, pero lo que no es posible, de ninguna manera, es una relación heterosexual; su orientación homosexual es el rasgo más estable de su sexualidad, a partir del cual es posible la construcción de su identidad sexual.

Esta claridad se convierte en un conflicto en la construcción de su identidad, y su forma de resolverlo es ubicarse en el *deber ser* femenino y adoptar este rol a partir de modelos extraídos de revistas frívolas, música y series de televisión que encajan perfectamente en las matrices inteligibles. En vez de darse alguna divergencia respecto de las categorías de género tradicionales, lo que hace es cambiar de lugar, sin cuestionar en ningún momento la validez de dichas categorías.

Edwin sueña con ser esposa, lo cual encierra rasgos como la sumisión, la seducción y la fidelidad —típicos de *Vanidades*—, pero también la boda y el vestuario: “Siempre soñé casarme con un vestidito todo romántico y barroco diseñado por Olga Piedrahita, blanco y puro como yo, con muchos velos de muselina, y una cola luenga luenga luenga, y un buqué de rosas amarillas...” (216). E incluso, inmerso en su papel femenino, repudia las relaciones que él considera entre el mismo sexo, es decir con otra mujer:

“...Esas cosas no se deben hacer, me repetía la voz de Pepe Grillo en mi conciencia: sexo con el mismo sexo no se puede tener...” (198). Sin embargo, el protagonista, consciente de su masculinidad, es capaz de transitar entre los roles femeninos y masculinos a conveniencia: es mujer cuando está con sus amigas, y hablan de ropa, de hombres y de los sitios de moda, pero puede ser hombre sin ningún amaneramiento (pero sí con mucha clase) si se trata de conseguir trabajo en una institución pública o de fingir fortaleza frente a sus similares: “...A mí me gusta estar es con quienes no me conocen, pues ellos no pueden decirle a nadie que me poseyeron, que fui de ellos. Porque eso sí, hasta que nadie pruebe lo contrario, yo soy más macho que el macho Camacho...” (46).

La movilidad de su identidad de género se evidencia en una parte de la historia, en que durante cinco meses debe actuar como hombre, suprimiendo todos los rasgos femeninos que ya había integrado a su personalidad, sólo para complacer a su compañero y con ello evitar la soledad. Todas estas alusiones a la identidad de género de Edwin se encuentran regadas y mezcladas a lo largo de la novela, dando muestra de una identidad que es móvil por necesidad de adaptación, por una inseguridad fruto de la marginación, pero que en el fondo es fija, en tanto su deseo de ser mujer supera cualquier otro interés.

- **Prácticas-deseo.** El desorden de género de Edwin definitivamente no se encuentra entre estos dos elementos. Existe total coherencia. Él desea tener sexo con hombres y tiene prácticas exclusivamente homosexuales; sin embargo, su identidad homosexual constituye una subversión a la normatividad, en tanto no es coherente con los elementos de sexo y género aceptados.

Uno de los rasgos más fuertes de *Al diablo la maldita primavera* es la crítica a la doble moral de los homosexuales que no son capaces de reconocer su orientación sexual frente a todos, sino que se esconden tras perfiles heterosexuales, se casan y tienen hijos y hasta son capaces de manifestarse en contra de las causas homosexuales con tal de sostener una supuesta imagen heterosexual que no los saque de la norma. No se critica al homosexual que calla su condición, sino a quienes traicionan una identidad homosexual claramente definida, mediante prácticas y alardes heterosexuales, sólo por conveniencia. Esta crítica nos pone en contacto con los cánones de la matriz de género propia de Edwin, en la cual no cabe la incoherencia prácticas sexuales-deseo; para él lo único responsable y adulto es ser capaz de definir la propia sexualidad y si se es homosexual, reconocerse como tal hacia sí mismo y hacia afuera.

Si sintetizamos a un diagrama, tan rígido como la norma misma, los rasgos de la identidad de género propuestos por Judith Butler en *El género en disputa*, la identidad de Edwin luciría de la siguiente manera:

Aspecto	Norma	Edwin
Sexo	Masculino	Masculino
Género	Masculino	Femenino/masculino. Móvil
Prácticas sexuales	Con mujeres	Con hombres
Deseo	Mujeres	Hombres

En relación con la norma, la matriz de Edwin rompe la coherencia exigida entre sexo y prácticas sexuales-deseo, y también se da una ruptura sexo-género, en tanto Edwin se reconoce como mujer. Esto último tiene ciertas implicaciones, y es que al reconocerse mujer está siendo coherente en la relación normativa género-prácticas sexuales-deseo. Sin embargo, esta coherencia no es permanente, pues su género es móvil, aunque esta movilidad esté dada por las circunstancias.

El carácter no permanente de los elementos no está considerado dentro de lo normalmente aceptado, pero el caso de Edwin evidencia que la identidad es, en palabras de Weeks, “provisional, siempre precaria, dependiente y constantemente enfrentada con una relación inestable de fuerzas inconscientes” (295), y que no existe nada que impida a un sujeto construirla libremente, aunque esté por fuera de la norma.

La comunidad. Marginalidad y aceptación

Aunque los homosexuales hayan ganado ciertos espacios y cada vez mayor aceptación, continúa siendo un reto manifestarse gay en una sociedad como ésta, en donde aún vale el “ser ungido con el don de la heterosexualidad”, como dice Edwin en un aparte de la novela. En la experiencia de Edwin vemos cómo la discriminación se da prácticamente en todos los espacios: el colegio, la universidad, las instituciones públicas, las grandes empresas; y se convierte en un lastre que tiene que cargar toda su vida.

En su infancia, Edwin reacciona ante la marginación alejándose, internándose en juegos y actividades solitarias, las que por cierto van a ayudar a consolidar su identidad homosexual. Al llegar a Bogotá, una ciudad mucho más grande que la suya, donde Edwin espera la aceptación inmediata, la marginación continúa, lo cual lo lleva a buscar a “los míos, a los gays, a los que pensaban como yo” (20), a acercarse a una comunidad desconocida, donde su diferencia es un rasgo común, no una causa de repudio. La necesidad de aceptación, común a todas las personas, es más evidente en la diferencia, y es lo que conduce al surgimiento de comunidades (como grupos sociales organizados) que funcionan como plataformas desde las cuales es más fácil ubicarse en el mundo y enfrentarse a él. Se trata de un complejo conjunto de atributos comunes que se organizan y regulan, hasta lograr una solidez social suficiente para cumplir un objetivo de resistencia, y aunque en el caso de las comunidades homosexuales es claro que están construidas a partir de la afinidad sexual, llegan a abarcar la actividad política, religiosa y cultural.

Esa plataforma viene a complementar la identidad sexual que el individuo ya ha comenzado a formarse, en la medida en que esos vínculos que se crean en la comunidad

sexual hacen posible la formación de categorías a partir de las cuales se construye la identidad, y que si bien pueden controlar, restringir e inhibir, al mismo tiempo proporcionan acogida, seguridad y confianza (Weeks, 300). De allí surgen convenciones como el no ser amanerados, la condena a quienes ocultan su homosexualidad, la solidaridad (aunque cotidianamente existan fuertes rivalidades) o la noción de comunidad-familia, que afianzan la identidad de estos homosexuales y los fortalece como grupo social. Pero más allá de estos principios existen elementos culturales, preferencias, comportamientos, que es necesario practicar para ganar aceptación, y que en ese sentido vienen a ser determinantes de la identidad grupal. Es por esto que nos encontramos a Edwin actuando como una loca superficial, cuando en realidad es un hombre culto; inventando tretas para acceder a un apartamento en “Gay Hills” o con deudas hasta el cuello para ir al gimnasio frecuentado por su círculo, porque “lo importante es que a uno lo llamen, lo inviten, y lo escuchen, y llamar la atención en todas partes y que nunca nunca nunca se olviden de uno para jamás estar solo” (21).

La comunidad se convierte en una parte esencial de la vida, la única opción de aceptación para quienes viven en el margen. Este sentimiento se convierte en el mayor punto de unión entre sus miembros, quienes tienden a convertirse en los amigos, los cómplices, la familia: “porque las locas no tenemos más familia que las amigas, las que son igualitas a una y también andan solitas por ahí por la vida, llevando los rechazos a cuestras, un morral entero de rechazos a cuestras, que pesa más que el mismito piano que vuelve y cae del décimo piso” (159). Por esa razón, es conveniente seguir el derrotero de costumbres y convenciones del grupo, cuya existencia no es casual, sino que cumple una función de selección (de sus miembros) y de diferenciación (del resto de la sociedad).

Los espacios físicos y virtuales forman parte de ese conjunto de convenciones, y juegan un papel vital para el funcionamiento de “la comunidad” (referencia a la comunidad específica a que pertenece Edwin), por ser determinantes de sus posibilidades de libre expresión y de interacción social. Con el fin de evitar el rechazo que aún existe hacia los homosexuales en ciertos lugares o grupos específicos, las comunidades gay de la ciudad han creado una “carta de navegación”, donde está plasmada la ciudad a la que ellos tienen libre acceso; en la que se les permite participar o de la que son dueños. En ella figuran lugares para vivir, conocer gente, hacer ejercicio, rumbar, comprar, etc., y el acceso a ellos es imprescindible para sentirse incluido. Se trata de una ciudad dentro de la ciudad, que si bien no los saca realmente de la marginalidad, de todas maneras les proporciona una sensación de seguridad para moverse en ella y muchas veces mezclarse con el resto de la gente. Y no estamos hablando de lugares ficticios, sino de sitios específicos bogotanos, algunos reconocidos por el común de la gente, otros sólo por algunos círculos, pero finalmente reales y con conexiones igualmente reales con el mundo gay. Con esto, Sánchez Baute alcanza dos objetivos, por una parte dar verosimilitud a la existencia de la comunidad y, por otra, revelar al público la existencia de esa otra ciudad gay.

El acceso a lugares reconocidos, significa la posibilidad de mezclarse con los heteros y de irrumpir en espacios comunes para ciertos círculos de la sociedad bogotana. Este grupo no se mezcla con *los pobres*, viven en Gay Hills, “es decir, en Chapinero alto, que es donde vive la mayor cantidad de locas en Bogotá” (25) y frecuentan lugares de estratos socioeconómicos altos como el hall de cines del centro comercial Andino, el Gayrulla (Supermercado Carulla) de la 63, el Barbie Gym y Il Pomeriggio, entre otros. Su objetivo al ir allí no es mimetizarse, sino por el contrario hacerse notar, perturbar su entorno y dar a entender a todos que ese es un espacio ganado por ellos:

Decidimos pues, llegar al Gayrulla de la 63, que definitivamente vive de la platica que le dejamos las locas... La cara de la gente que mercaba esa noche cuando entramos al supermercado... una señora que pasaba por nuestro lado, incluso, nos llamó pecadoras e hijas del mal... Y es que nosotros siempre hemos hecho cosas nunca antes vistas, porque eso es, precisamente lo que nos divierte a las locas: ser diferentes e irreverentes para hacer lo que nos dé la gana (109).

En contraste, encontramos otros lugares igualmente conocidos, pero donde los gays sí deben ocultarse y a los cuales acuden en busca de alguna aventura sexual, como el Parque Nacional y los cines XXX. La importancia de ser vistos es sustituida por la de no serlo, y no porque quieran ocultar su inclinación sexual, sino por la posibilidad de ser perseguidos, agredidos, abusados. Pero la novela también nos cuenta sobre lugares donde asisten exclusivamente homosexuales; lugares más íntimos, donde pueden encontrarse y vivir su sexualidad con plena libertad. Estos sitios nos hablan de lo que les gusta hacer para divertirse, para conocer otros gay, para tener encuentros sexuales. “La Caja de Pandora” nos conecta con el mundo de las *drag queens*, con el esplendor del “Glam” en el que se mueve la comunidad; el bar Kaiser y el Escorpión son los escenarios de la rumba dura, de la promiscuidad, de los espectáculos sexuales. Allí aparecen los cuartos oscuros, los encuentros indiscriminados, al igual que “Apolo’s Club”, el sauna frecuentado por la comunidad, al que acuden en busca de experiencias sexuales anónimas y fugaces. Y es en estos sitios donde Edwin reconoce a los gays de doble moral, que son homosexuales sólo mientras están en el sauna o la discoteca, pero que al regresar a la ciudad visible, son heteros. En la novela los nombres de estos lugares son en su mayoría ficticios, pero están basados en sitios reales. Funcionan como estrategia para dar veracidad a los hechos narrados, pero no intentan ser una referencia específica que pueda prestarse al señalamiento.

Alternativamente, existen espacios virtuales como el *e-mail* y el *chat* (gay, por supuesto), que constituyen posibilidades de interacción alejadas del juzgamiento social, de manifestar su homosexualidad sin temor al rechazo. Pero al igual que los otros lugares, el hecho de acceder, de asistir, es también una moda, un requisito para pertenecer, una costumbre obligada si se quiere estar en el lugar correcto y no mezclarse con las que son de menor categoría. Esto nos permite suponer que esos espacios irán cambiando, en tanto sitios físicos, por la moda y por el estatus, y también en tanto instrumentos de socialización desde la marginalidad.

En la comunidad, saber y estar de moda es un requisito ineludible. Los modelos de glamour y refinamiento, adoptados de revistas frívolas (*Vanidades, Hola*), determinan un código ético del estilo, con todas las implicaciones que esta clasificación puede tener: un estilo sofisticado y correcto genera estatus y reconocimiento, mientras el rompimiento de las reglas con cuerpos descuidados u objetos pasados de moda significan fuertes críticas y rechazo:

...el problema era que estaba enamorado de mí y, éomo sabía que lo iba a rechazar por gorda y por calva y por fea y, sobre todo, por tener mal gusto para vestir (algo que nunca se le debe perdonar a una loca), me la había montado desde el primer día que me vio caminando así, como la más regia, por los pasillos de su empresa, que nunca antes habían conocido diva semejante (127).

La comunidad, supuestamente, prefiere a Versace y Dolce & Gabbana, y si acaso diseñadores nacionales reconocidos como Álvaro Pava, Olga Piedrahita o Lina Cantillo, aunque cualquier prenda de estas casas supere de lejos su presupuesto. Y es que lo importante no es el precio real o cómo se consigue la ropa, sino el saber sobre estos personajes y sus colecciones, poder hablar de ellos con propiedad, y quizás tener una que otra prenda (aunque sea de una colección pasada) con que alardear en los eventos públicos.

La moda es tal vez la variable de aceptación más sensible, ya que el juego de los miembros de la comunidad es *ser vistos*; sin embargo, esta condición no puede entenderse como un rasgo inherente a la homosexualidad, pues está presente en otros grupos, en los cuales la aceptación es determinada por comportamientos o posesiones concretas, sino más bien como el síntoma de un arribismo incurable que podría estar relacionado con la negación de ese deseo de aceptación, a través de la adopción de estándares distantes (por lo inalcanzables) pero reconocidos en la sociedad que los rodea y los margina. Se trata de un juego de exclusiones que los protege superficialmente de la marginación: tú me excluyes por mi orientación sexual, pero yo te excluyo porque no tienes suficiente estilo.

En la novela aparece otra dimensión de la moda: el fenómeno de las *Drag Queens*. El travestirse con fines artísticos, no sexuales, lo cual enfatiza Edwin en la novela, otorga un estatus superior. Particularmente para Edwin, con su larga historia de rechazo e invisibilidad, esa transformación conectada al ritual del maquillaje, el cuidado de la piel y de la figura, la apreciación y exhibición de su propio cuerpo en atuendos teatralmente femeninos, tiene significados importantes: por un lado, significa la realización de un deseo constante de *ser femenina*, con todo el refinamiento, delicadeza y glamour asociados a esta categoría en su imaginario personal, sin tener que ocultar la *masculinidad* de su cuerpo, y por otra parte constituye su pase a la fama, a la visibilidad y la aceptación, e incluso a la admiración por parte de su grupo y de otros:

hoy también fui la reina, hoy también tuve a mis pies a una corte de seguidores entusiastas que coreaban vivas a mi nombre eterno y aleluyas a mi ingente ingenio: el show fue regio divino, ni mandado a hacer para una noche que terminó con fantasmas resucitados y promesas de amor *forever and ever* (87).

En la cotidianidad, o en el esplendor de lo teatral, la moda es un elemento definitivo para la comunidad: funciona como filtro de acceso, ordenador de jerarquías en el interior del grupo, instrumento para la auto-aceptación y como mecanismo de protección frente a la sociedad, por ser un símbolo de estatus compartido con ella.

Junto a las condiciones que ya hemos mencionado, y de forma transversal, encontramos una especie de código de comportamiento de la comunidad, conformado por ciertos principios para ser y comportarse, valores, preferencias, posturas, que vienen a reforzar la identidad del grupo, facilitando actuaciones grupales. Y en la medida en que reúnen a sus miembros bajo una sola voz, llegan a convertirse en mecanismos de resistencia.

Ellos trazan un derrotero de actitudes repudiadas, como el afeminamiento, la inclinación al llanto, a aceptar los sufrimientos en público y el alarde de conquistas sexuales. Su rechazo a estos comportamientos podría relacionarse con una intención de proyectar fortaleza, pero también con el deseo de ser diferenciados de los perfiles de género tradicionales, lo cual demuestra su búsqueda de un lugar propio en el mapa de las identidades.

En cambio, ciertas tretas para mimetizarse, para figurar, para obtener dinero o estatus, son aceptadas y ampliamente practicadas dentro del grupo, aunque ellas puedan significar atropellar a los amigos más cercanos. La rivalidad y la búsqueda del éxito individual son constantes en las actuaciones públicas; recordemos que lo importante es figurar, así que todo vale al momento de la exhibición y el reconocimiento: hay que ser la mejor a cualquier precio; sin embargo, cuando se trata de formar un bloque para defenderse de quienes los marginan, la solidaridad se ubica como el valor más importante. Esta dualidad de comportamientos hacia el interior y el exterior, indica una alta conciencia de grupo en resistencia, y al mismo tiempo el libre desarrollo de los individuos en su interior.

La comunidad tiene otra característica fuerte, identificada previamente en Edwin, y se trata de su oposición frente al enmascaramiento de la homosexualidad. Ellos aceptan la movilidad de género y las transformaciones de la identidad, pero critican la doble moral de muchos homosexuales que lo son sólo en la penumbra, y que al salir a la luz se cubren bajo el manto protector de la heterosexualidad; es decir, exigen ética para la resistencia. Y reconocen como causa de estos comportamientos, el esfuerzo permanente de los hombres por reafirmar su posición dominante, lo cual los obliga a encajar en el perfil, al menos en apariencia, para guardar su estatus masculino y sus obvias ventajas.

El código ético de la comunidad es bastante flexible en otros planos. Está diseñado para la conveniencia, sobre todo en ciertos aspectos que forman parte de su noción de éxito, como el roce social, la diversión y el lujo. Para acceder a ciertos beneficios, están dispuestos a levantar su resistencia y dejarse incluir, aunque sepan que hay un interés detrás. Sin embargo, son firmes en su postura ante la hipocresía de los homosexuales y todos aquellos que se manifiesten en contra de sus derechos. La protesta se da desde sus espacios y con sus propias armas: descarada irreverencia frente a los agresores, desprestigio y habladurías contra los hipócritas, fortalecimiento grupal para ganar poder (en su entorno inmediato) y en algunos casos la mimetización (en papeles *masculinos*) para acceder a espacios negados, como estrategia de resistencia (en el sentido de la protesta pero también de la supervivencia).

Esta postura constituye quizás el acto político más fuerte de los presentes en la novela, a favor de la inclusión de los homosexuales, y trasciende los intereses y atributos de la comunidad específica que nos presenta. No importa que Edwin y los suyos sean individualistas, afeminados, drogadictos, arribistas, y que muchos homosexuales estén lejos de parecerse a estos caracteres. Precisamente, a pesar de todo esto y de cualquier cosa peor, sus derechos son innegables (como los de otros grupos marginados por razones distintas a su orientación sexual), y en este sentido, la novela sí es capaz de abarcar y representar a los homosexuales de Bogotá o de cualquier lugar, siendo una expresión de resistencia a través del develamiento de una realidad, oculta (para algunos) o negada (para muchos).

Obras citadas

- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós, 2001.
- Sánchez Baute, Alonso. *Al diablo la maldita primavera*. Bogotá: Alfaguara, 2003.
- Weeks, Jeffrey. *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*. Madrid: Talasa, 1993.
- _____. *Sexualidad*. México, Paidós, 1998.